



*BestSeller de
The New York Times*

*Un
momento
extraordinario*

*Un Relato
luminoso de amor
a la vida*

NINA RIGGS

PAIDÓS

Nina Riggs

UN MOMENTO
EXTRAORDINARIO

Un relato luminoso
de amor a la vida

Traducción de
Fernando Borrajo Castanedo

PAIDÓS

Título original: *The Bright Hour*, de Nina Riggs
Publicado originalmente en inglés por Simon & Schuster, Nueva York, EE. UU.

1.^a edición, abril de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web <www.conlicencia.com> o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Nina Riggs, 2017
© Simon & Schuster, 2017
© de la traducción, Fernando Borrajo Castanedo, 2018
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3435-1
Fotocomposición: gama, sl
Depósito legal: B. 5.850-2018

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

<i>Prólogo: El paseo en bicicleta</i>	13
Primera fase	17
Segunda fase	73
Tercera fase	135
Cuarta fase	189
<i>Epílogo</i>	293
<i>Agradecimientos</i>	295

1. *Un lunar*

LLAMAN CUANDO JOHN está en una conferencia en Nueva Orleans. No nos detengamos en la tenue luz que baña nuestro dormitorio mientras doblo la ropa y las hojas del sauce que hay frente a la ventana tiemblan preparándose para caer al suelo pero sin haber caído aún. El calor susurra en el conducto de ventilación. La perra se rasca una pata. El año nuevo flota en el aire como un signo de interrogación. El teléfono sigue sonando sobre la cama.

Es casi mediodía. En el colegio, los niños deben de estar haciendo cola para salir al recreo, enfundándose los guantes.

«Cáncer de mama —dice el médico que hizo la biopsia—. Un lunar.» Un lunarcito. Se lo repito a John, quien sale de una reunión al leer el mensaje que le envié. Se lo repito a mi madre, quien dice: «Debes de estar de broma. Eres demasiado joven».

Se lo repito a mi padre, quien se presenta en mi casa con una sopa de pollo. Se lo repito a mi mejor amiga, Tita, y ella me lo repite a mí mientras estamos sentadas en el sofá obsesionándonos con las veinte palabras de la conversación telefónica con el médico. Me lo repito a mí misma en todo momento: mientras me cepillo los dientes, mientras espero el autobús, mientras me quito el sujetador, mientras recorro los pasillos del supermercado, mientras paseo por las zonas verdes, mientras estoy metida en la incómoda y ruidosa cueva del resonador magnético cuando me examinan más a fondo. «Un lunar.»

Aquello se convierte en una salmodia, en un grito de guerra. Un lunar tiene arreglo.

Un lunar es un año de tu vida. Nadie se muere por un lunar.

—Oh, cáncer de mama —recuerdo oírle decir a mi tía abuela antes de morir de un ataque al corazón a los noventa y tres años—. Eso me pasó a mí en la década de 1970.

2. *Un montón de problemas*

VARIAS SEMANAS ANTES de la llamada, durante una tarde cálida, John y yo estamos sentados en el porche con unas copas de whisky viendo la puesta de sol, que nos baña a nosotros y a todo el mundo en una sinfonía de colores descendiendo por el tejado del vecino de enfrente mientras se balancea en su columpio: el catedrático retirado que ya no recuerda el nombre de su perro. Su mujer parpadea desde la ventana de la cocina y él nos hace un gesto con la cabeza. El único cielo que ve es la oscuridad que se avecina.

«Un montón de problemas» es lo que les dije a nuestros hijos que iban a encontrar si se levantaban de la cama para estar con nosotros.

3. *El diagrama de Punnett*

—MI ABUELO PATERNO TUVO CÁNCER DE MAMA.

Eso hace levantar la mirada a quien esté examinando mi historial médico familiar. «Se sometió a una mastectomía radical en la década de 1970. Y también su hermana, que murió con cincuenta y pico años. Y una de sus sobrinas. Y su hermana, es decir, mi tía.»

Estoy sentada en la consulta de la genetista mientras esta esboza febrilmente mi árbol genealógico en una hoja de papel. Hay cuadrados y círculos, y los enfermos de cáncer están marcados con una equis. Abundan las equis.

Por parte de mamá: sus padres tuvieron cáncer, pero no de mama. Un melanoma prematuro en el caso de mi hermana. Y antes de seis meses desde aquella conversación, mi madre morirá de un cáncer sanguíneo denominado mieloma múltiple.

Mientras la genetista dibuja los diagramas, yo recuerdo uno parecido que hacíamos en el instituto, el cuadro de Punnett: era casi un sistema de adivinación, mejor que los tableros de güija y que esos cubos mágicos de papel doblado, cuando el yo adulto es casi tan verosímil como imposible. Elige a cualquier chico de la clase y calcularás las probabilidades de que tú y él tengáis niños con ojos castaños y pelo en los dedos de los pies y de las manos. O —como parece indicar el diagrama de la genetista— cáncer.

Según el diagrama de Punnett, dos alumnos de mi clase, Mike Henninger y Christina Stapleton, tenían un cien por cien de probabilidades de engendrar un niño de ojos azules. Aquello me

fascinaba: parte del futuro estaba escrito. Es una certidumbre, siempre y cuando Christina y Mike se enamoren. Y quieran tener un hijo. Y Christina sea fértil. Y el niño nazca sano.

Por parte de papá: su hermana mayor tiene la mutación de cáncer de mama conocida como BRCA2. Fue la primera en someterse a pruebas, cuando le diagnosticaron la enfermedad en la década de 1990. Su hija, que no ha padecido cáncer, tiene la misma mutación. Como también la tiene al menos uno de los tres hermanos vivos de mi padre.

Pero resulta que yo no la tengo. Me acaban de diagnosticar cáncer de mama hace poco, con treinta y siete años, pero yo no tengo la mutación.

—Te voy a enviar un estudio que he leído —me dice la genetista—. A lo mejor te interesan los descubrimientos que se han hecho, dada tu situación.

Los investigadores han descubierto que en familias en las que se ha identificado una mutación genética del cáncer de mama, como la mutación BRCA1 o la BRCA2, incluso los miembros de la familia que no presentan la mutación son más propensos a contraer la enfermedad.

—Lo que todo esto probablemente significa es que hay algunos genes que aún no hemos conseguido identificar —dice la genetista—. Vemos parte de la imagen, pero no la imagen entera.

Lo único seguro es que hay muchísimas cosas de las que no estamos seguros.

Por lo que sabemos ahora, la genética explica el 11 % de todos los cánceres de mama. Lo que deja al 89 % restante dirigiéndose aleatoria y velozmente hacia nosotros desde el espacio exterior.

Mi abuelo, el que padecía cáncer de mama, murió cuando yo tenía siete años, es decir, dos años después que mi abuela. Los dos tenían cáncer; el del abuelo quizá se metastatizó desde el pecho, pero también es posible que no fuera así. No lo sabemos, pues aquello ocurrió a principios de la década de 1980.

—¿Alguna vez le viste las cicatrices de la mastectomía?
—pregunta un tío mío después de conocer mi diagnóstico.

Las vi una vez, pero entonces pensé que eran de una guerra. Era verano. Yo tenía cinco o seis años y nos encontrábamos en la playa rocosa que hay cerca de la casa de verano que teníamos en Cape Cod, donde *Sachem*, el caballo de mi abuela, se enganchó una pata entre dos rocas, se la rompió de tanto tirar con su propia fuerza, y hubo que sacrificarlo. El caballo era demasiado grande para moverlo, y todos estaban sudando por el esfuerzo de cubrirlo con un túmulo de piedras más alto que yo.

Mi abuelo era delgado, musculoso y nervudo —la constitución típica de la familia—, pero su pecho desnudo era otro mundo: deformado, trenzado de tejido cicatrizal, desgarrado hasta la caja torácica como un esquife de madera.

«Los adultos son una caja de sorpresas —recuerdo haber pensado—. ¿Es posible imaginar cómo son de verdad?»

Años después, en la parte de la playa donde el farallón oculta una enyerbada cala, algunos huesos de *Sachem* volvieron a nosotros: descoloridos, carcomidos y tan grandes que al principio pensé que pertenecían a una bestia prehistórica. Ahora uno de ellos está de adorno en la mesa que hay junto a la chimenea, en compañía de la furiosa mandíbula de un pejerrey, la piel de una serpiente real, una frágil hélice formada por miles de caracoles y dos placas de madera con las fechas de mis abuelos.

Algunas cosas regresan a nosotros una y otra vez.